EL PAN DE TU PALABRA-6

INTRODUCCIÓN

Señor, he leído despacio tu evangelio perteneciente al año 2007. Y te confieso que me ha despertado un mayor por tus enseñanzas. He querido también situar la reflexión contemplativa en el ambiente en el que te desenvolvías en tu predicación urgen y apremiante.

Espero que los lectores encuentren en el Pan de tu Palabra un motivo para amarte cada día y para hacer el apostolado que nos corresponde a todos y a cada uno.

Con todo afecto, Felipe Santos, Salesiano

JUNIO 2007

1 Junio 2007

Mc 11,11-26

La maldición de la higuera es un hecho parabólico: la parábola se traduce en un gesto ejemplar que la hace viva y comprensible no sólo a los oídos, sino también a los ojos. Es un hecho parabólico que expresa plásticamente el juicio parabólico de Dios en Israel. La información «no era la estación de los higos» (11,13) hace absurda la protesta o queja de Jesús. Marcos no busca esconder la extrañeza del gesto, sino que la subraya. Y debemos entender en seguida que, si Jesús se hubiera limitado a maldecir una higuera que no podía tener frutos porque no era

la estación justa, su gesto podría parecer no sólo extraño, sino demencial. No es por tanto en este plano en el que hay que buscar el sentido. En el Antiguo Testamento, la higuera y la viña representan al pueblo de Israel (Is 5,1–7; 28,4; Os 9,10 Jer 8,13). Queremos citar dos versículos del profeta Miqueas que describen el sentido preciso del hambre de Jesús (Mc 11,12): «Ahimè! Han llegado a ser como espigador de verano, como un viñador después de la vendimia.

No un racimo de uvas que haya que comer, no un higo por gusto. El hombre pío ha desaparecido de la tierra, no hay un justo entre los hombres» (Mi 7,1–2). No es por tanto la esterilidad de la higuera lo que interesa, sino la de Israel.

E Israel no tiene excusas: ha sido ya muchas veces reprobado y debería saber cuáles sin los frutos que Dios quiere recoger. Marcos nos lo dice mediante el episodio del templo y las palabras sobre la fe.

Por tanto el simbolismo de base parte de la parábola “fruto” (v. 13). Cualquier árbol que no da fruto es el símbolo del templo, centro religioso del pueblo de Israel, al que Jesús ha venido a buscar los frutos que no ha encontrado. Un poco más adelante, la parábola del hijo único, enviado a recoger los frutos de la viña, confirmará el simbolismo (12, 1–11).

Repitamos pues: no es la historia de la esterilidad de la higuera la que se juzga, sino la esterilidad de Jerusalén y de su culto. Como los discípulos “vieron” la higuera seca desde sus raíces (11,20), así verán el templo destruido desde sus

cimientos: «No quedará piedra sobre piedra que no sea destruida» (13,2).

«Entrado en el templo, se puso a echar a los que vendían y compraban...».

Jesús entra de nuevo en el Jerusalén y en el templo anuncia con un gesto profético el significado de su autoridad mesiánica. Ya los profetas iban contra el culto hipócrita de los practicantes asiduos en la frecuencia del templo, pero faltos de la religión auténtica (Is 1,11–17; 29,13–14; Jr 7,1–11). Como había hecho Nehemías con ocasión de su viaje de inspección a Jerusalén (Ne 13,7–9), Jesús purifica la casa de Dios y echa a los vendedores y cambistas porque han transformado el templo en un comercio. Este gesto es una enseñanza y un cumplimiento de la Escritura. Piénsese en la últimas palabras de Zacarías que, inspirado en la visión final del libro de Ezequiel (capítulos 40–48), anuncia la fiesta universal de los tabernáculos, celebrada en los tiempos mesiánicos en un tiempo definitivamente purificado: «En aquel día no habrá ni siquiera un Cananeo (= mercante) en la casa del Señor de los ejércitos» (Zc 14,21).

Esta purificación externa supone una purificación en el servicio sagrado y en el sacerdocio, como indica la profecía de Malaquías: «Súbito entrará en su templo el Señor ... Se sentará para fundar y purificar; purificará a los hijos de Leví, los afinará como el oro y la plata, para que puedan ofrecer al Señor una oblación según la justicia» (Ml 3,1–3). Estas reminiscencias del Antiguo Testamento indican el matiz mesiánico de la narración.

«Y no permitía que ocurrieran estas cosas en el templo».

Es conocido que no todo el templo era lugar de mercado, sino sólo el gran patio externo llamado “lugar de los gentiles», es decir de los hebreos. Israel lo había convertido en lugar de comercio y de tráfico (se empleaba para pasar de un barrio a otro de la ciudad; era la trocha entre la ciudad y el monte de los Olivos:

El desorden es fácilmente imaginable) y de este modo los gentiles no tenían ya un lugar de oración en el templo del Señor. Este atrio estaba separado del reservado a los hebreos por un parapeto de piedra, con inscripciones en griego y latín que prohibían a los paganos la entrada al atrio interno: «Se cogerá y deberá dársele muerte que sufrirá como castigo». Una de estas piedras se ha llevado al museo de Estambul en 1871; una segunda, encontrada en 1935, se halla en el museo de Jerusalén. La cita de Isaías en el versículo siguiente subraya que el templo es casa de oración para todas las gentes y por tanto también el atrio reservado a los paganos es santo como el reservado a los hebreos.

«Mi casa se llamará casa de oración para todo el mundo».

Marcos ha escrito su evangelio para los paganos convertidos y, por tanto, no nos debe maravillar que cite el versículo entero de Isaías 56,7, incluida la frase “para todo el mundo”», que Mt y Lc lo dejan.

«Una cueva de ladrones».

En los tiempos de Jesús, los mercaderes tenía la misma fama que hoy, y los cambistas tampoco tenían no eran considerados muy honestos. Pero no es éste el problema. La expresión, de por sí, no acusa a los ladrones que están en el templo, sino que los parangona a ladrones que buscan refugio en el templo, como una cueva para huir del castigo merecido por Dios por su conducta. El significado se aclara bien si leemos por entero el texto de Jeremías que reprocha toda clase de infracciones contra la alianza (cf. Jer 7,1-15).

En definitiva, Jesús, al citar a Jeremías, intenta decir: «El culto del templo es mentiroso si sirve sólo para dar un sentido de seguridad a gente que no se convierte».

«Lo oirán los sumos sacerdotes y los escribas y buscaban que muriera».

Encontramos aquí la situación ya provocada por Jesús en el auditorio de Cafanaún, con ocasión de su manifestación inaugural: las multitudes estúpidas a su enseñanza dada con autoridad (1,22.27), y los adversarios que deciden matarlo (3,6).

«Tenían miedo de él».

Es el miedo de Adán (Gen 3,10) y de Herodes (Mt 2,3), el miedo de quien no quiere a Dios entre los pies porque teme perder la supremacía: es el miedo de reconocer a Dios sobre su cabeza, el miedo de perder el puesto de dueños de los demás y de Dios mismo, hecho a la propia imagen y manipulado para el propio agrado. Es el miedo de perder la herencia (12,7): por confiarse (12,1) querían llegar a ser usurpadores. Es la tentación gravísima, y siempre recurrente, a

quienes se exponen todos los ministros de la religión. Contra ella nos pone en guardia el apóstol Pedro: «Exhorto a los ancianos (= obispos y sacerdotes) que hay entre vosotros ... : apacentad el rebaño de Dios que se os confía, vigilándolo, no por la fuerza, sino voluntariamente, según Dios; no por viles intereses, sino de buen grado; no dominando a las personas confiadas, sino haciéndoos modelos del rebaño» (1Pt 5,1–3). La mentalidad de los jefes de la religión y de aquellos que la practican,

Manifestada por los sumos sacerdotes y por los escribas, contra quines quienes ha atacado duramente Jesús, es sólo la muerte.

«Cuando llegó la tarde salieron de la ciudad»

Jesús toma las distancias de la ciudad que no lo reconoce por lo que él es. Había hecho la misma cosa en los enfrentamientos de las multitudes entusiasmadas al escucharlo, pero no dispuestas a comprenderlo (1,38; 3,9; 4,11.36; 6,45; 8,13).

El templo era el centro del poder político, de culto y económico. La «purificación» del templo es figura de la purificación de nuestra imagen de Dios, enrabietada por los delirios de poder, riqueza y soberbia.

Además del comercio material, en el templo existe también el comercio espiritual. Es el que, con la moneda sonante de las prestaciones y de las observancias, intenta impetrar la gracia de Dios. Es un mal gravísimo, hijo del gran pecado original que, desafiando a un Dios malvado, induce a aplacarlo y obtener las gracias tras la paga, como si fuera una prostituta. Es el pecado

justo, que va directamente contra la esencia de Dios, que es amor gratuito.

Dios perdona sin límites al pecador y no se hace su juez, pero ni siquiera puede hacerse su cómplice en el pecado. Dios no puede avalar nuestras cosas mal hechas. El templo o es casa de oración o es cueva de ladrones. Y así como todo lo ha acaecido en Israel es como un ejemplo para nosotros, escrito en nuestra maestra (1Cor 10,11), la Iglesia debe vigilar para no caer en la misma infidelidad.

«A la mañana siguiente, pasando, vieron la higuera seca desde sus raíces. Pedro se acordó...».

En el Antiguo Testamento. El recuerdo es uno de los vehículos principales de la revelación de Dios, y puede ser considerado como un elemento esencial de la alianza (Dt 4,9–15; Gs 24,1–13).

Especialmente en el Deuteronomio, los israelitas son invitados a recordar las acciones pasadas divinas de misericordia como la base para su actual fidelidad a El (Dt 4,32–40; 5,15; 6,20–25; 7,6–11; 8,2–6; 9,1–7; 29,1–8; 32,7). In Mc 8,18 Jesús había pedido con fuerza: «¿Y no os acordáis....?», como una invitación a hacer una reflexión sobre dos milagros del pan, para que los discípulos pudieran entender quiénes eran. Aquí se está moviendo algo. Pedro comienza a recordar, a poner atención, a reflexionar, a unir las palabras y acontecimientos. Y propio de este empeño y de esta capacidad de recordar será el inicio será su recuerdo de haber negado tres veces al Maestro:” Entonces se recordó de

aquella palabra le había dicho: "Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces". Y lloró» (14,72).

«La higuera que has maldecido se ha secado>>.

Jesús después de haber secado la higuera, corta de raíz el discurso sobre el tema.

Transcurrido el tiempo de la higuera, habla de la importancia de la oración hecha con fe. El término “oración” nos pone en el buen camino porque remite a la escena de la purificación del templo, destinado a ser “casa de oración para todas las gentes” (11,17). La higuera estéril es la imagen de la higuera infecunda, de la fidelidad puramente exterior a la ley, de la oración de los hipócritas (Mt 6,5).

«Todo lo que pidáis en la oración, tened fe de haberlo obtenido y se os concederá».

Creer significa dejarse investir por el poder irresistible de Jesús, que descubre el mundo, como había anunciado el profeta Zacarías (4,7; 14,4). Es en este contexto en donde encuentra su verdadero significado la frase evangélica de que la fe lo puede todo. Creer lo que se proclama está sucediendo significa captar la presencia de Jesús, que está operando mediante nuestra acción: es este el poder de la fe la que deviene oración escuchada y realizada.

«Se tenéis algo contra alguno, perdonad, porque también el Padre vuestro que está en los cielos perdone vuestros pecados».

Es la única vez, en el evangelio de Marcos, en el que Jesús declara a los discípulos que el Padre es también el de ellos. Jesús es más que hijo de David (10,47–48; 11,10; 12,35–37): es el verdadero Hijo de Dios que comunica a los suyos la propia realidad filial. Tenemos aquí el equivalente de la quinta pregunta o petición del Padre nuestro según Mateo (6,12). Algunos manuscritos añaden a este punto un versículo (el 26) que recalca exactamente la explicación referida por Mt 6,15:

«Pero si vosotros no perdonáis, tampoco el Padre vuestro que está en los cielos perdonará vuestras culpas» (11,26). Eso demuestra que la oración del «Padre nuestro» era muy conocida en la Iglesia de Marcos aunque él no la cite en su plenitud.

La higuera seca le ha servido para ilustrar a los discípulos acerca de la fe; el templo se ha purificado para llegar a ser casa de oración. A la esterilidad de la higuera corresponde los negocios en el templo. Infecundidad en el bien y fecundidad en el mal caminan al par.

En este relato se habla de la fe y de la oración, raíces por las que viene el fruto del Espíritu, que esencialmente es amor y perdón. Creer no es sólo saber qué es Dios, ser supremo y bueno, omnipotente y omnisciente, soberano y juez de todos. Es unir a Jesús y su palabra, para que él y el Señor, el interlocutor fundamental de nuestra vida.

La fe se expresa como oración a Dios y perdón a los hermanos. No puede haber una sin el otro.

El cristiano es el que tiene fe en Jesús, poder y sabiduría de Dios, en su debilidad. Jesús no exige la fe en cualquier idea, sino en el Dios que se revela en él, pobre y humilde que termina en la cruz.

2 junio 2007

Mc 11,27-33

En los primeros 26 versículos de este capítulo Jesús había expresado su juicio sobre Jerusalén, el templo y la falsa religiosidad, con gestos hechos (entrada en Jerusalén, higuera seca, purificación del templo). Del 11,27 a 12,37 su juicio se expresa con palabras.

La acción de Jesús ha suscitado una reacción violenta por parte de los dueños de la religión. Había entrado en el templo sin pedir permiso, como uno que entra en casa propia; había echado a vendedores y cambistas que tenían el permiso regular de la autoridad; había puesto bajo acusación el modo de hacer religión: el templo no era ya la casa de oración, sino cueva de ladrones. Ante una acusación semejante acusa el poder constituido no podía callar. Y no calló.

"¿Con qué autoridad hace estas cosas? ¿O quién te la ha dado para hacerlas?" En el contexto, la pregunta se refiere al ingreso de Jesús en Jerusalén y en la expulsión de los mercaderes del templo. Pero en la práctica se desarrolla una gran actividad. Por eso también la pregunta de las autoridades judías supera el cuadro inmediato en la cual se plantea: el proceso contra Jesús ya se ha iniciado.

"También os haré yo una pregunta". El proceso se desarrolla y los acusadores son acusados e invitados a darse cuenta de su comportamiento.

Jesús no plantea una contra-pregunta para huir de las preguntas de sus adversarios, sino para que se den cuenta de que es posible una respuesta: no se entiende a Jesús si primero no se ha entendido a Juan Bautista. Si Juan ha venido para preparar el camino del Mesías, Jesús actúa con la autoridad que le compete como Mesías, y es Dios el que le ha dado esta autoridad. Ahora ellos no quieren absolutamente admitir esto: para ellos Jesús no revela el verdadero rostro de Dios y por eso debe morir porque es blasfemo. Ante esta decisión no están dispuestos a volver y se mantienen hostiles a la revelación de Jesús.

¿Qué hará Jesús? ¿Los dejará sin respuesta? Parecería que sí: "Jesús les dice: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas". En realidad Jesús responde con la parábola de los viñadores homicidas, que encontramos inmediatamente después de este relato. Y todos, los tres sinópticos declaran que sus interlocutores comprendieron que había dicho

aquella parábola por ellos (Mt 21,45; Mc 12,12; Lc 20,19).

3 junio 2007

Jn 16,12-15

Jesús quería comunicar a los discípulos otras revelaciones que ahora no son capaces de entender porque el Espíritu Santo no ha llegado todavía a su fe profunda.

Cuando Jesús opone su revelación presente en figuras y enigmas de futuro, abierta y clara, quiere referirse a la acción de su Espíritu que hace entender y penetrar en el corazón su palabra.

El Espíritu de la verdad introducirá a los creyentes en la verdad completa que es Cristo, pero no llevará o traerá nuevas revelaciones Su función específica consiste en hacer entender y hacer vivir la palabra de Jesús, haciéndola siempre operante en la existencia de los discípulos.

El Espíritu de la verdad glorificará a Jesús dándole a conocer a los hombres, revelando a

ellos cómo es el Hijo de Dios y suscitando en ellos la fe en su persona divina.

Entre Jesús y el Padre existe perfecta comunión de vida y perfecta unidad de acción. El Espíritu recibirá por Cristo todos los bienes de la salvación, cuya fuente se halla en el Padre.

4 junio 2007

Mc 12,1-12

La imagen de la viña. Designa a menudo en los profetas el pueblo de Israel. El cántico de viña (Is 5,1-7) estaba en la memoria de todos: el profeta había hecho una parábola de juicio para los jefes de Jerusalén y los habitantes de la Judea.

No hay mucha diferencia entre estos viñadores y los falsos pastores de Ez 34, que en vez de pacer las ovejas, pacen ellos mismos. En uno y otro caso, aquellos que Dios ha puesto como sus representantes en medio del pueblo alardean o invitan al pueblo su posición en propio beneficio.

La cita del salmo 118: "La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular" quiere decir que Dios es capaz de anular la acción de todos los hombres y de echar por tierra el resultado. Los hombres han matado a su Hijo, pero Dios lo ha resucitado: "Es el Señor el que ha hecho esto tan admirable a nuestros ojos".

Con esta parábola alegórica, Jesús da la clave de lectura de la historia de Israel y la historia de cada hombre, sin sentido sin el encuentro con Dios fiel y la infidelidad del hombre. Su oferta de amor se encuentra siempre ante el muro de nuestro obstinado rechazo.

Al su bondad creciente corresponde un crescendo de nuestra maldad. Parece propio un amor infeliz, sin la posibilidad de salida. Pero el Señor opera una maravilla a nuestros ojos, haciendo de la cruz, que es el vértice de nuestro mal y de nuestro pecado, el don de su máximo amor y de su perdón. Nosotros lo matamos quitándole la vida, y nos hace vivir dándonos su vida.

Nuestra maldad no vanifica su plano de salvación. Todo nuestro mal es el de la historia humana no fallar el designio de Dios, sino que lo cumple de modo más sublime, mostrando su poder que es sólo y todo misericordia.

El poder del hombre es el de hacer el mal por el bien; el de Dios es hacer el bien por el mal. Querría diversamente, pero respeta nuestra libertad. El es Dios porque sabe colmar nuestra miseria con su misericordia, respondiendo a nuestro rechazo con su oferta incondicionada de amor. Es la victoria de la cruz, encuentro definitivo.

Jesús es el Hijo unigénito que se ha hecho siervo y último de todos dando la vida por nosotros que demos la muerte. Este es su poder : su fidelidad más allá de nuestra infidelidad.

5 junio 2007

Mc 12,13-17

Los fariseos y los herodianos buscan coger a Jesús una pregunta a la que parece imposible responder sin incurrir en graves consecuencia: "¿Es lícito o no dar el tributo al César?".

Responder no sería peligroso porque transformaría a Jesús en un rebelde político; responder que sí sería peligroso porque lo haría aparecer como un colaborador, amigo de los odiados ocupantes.

La respuesta supera el nivel al que el problema se había planteado. Jesús no da una receta para un comportamiento cívico; no recomienda ni la resignación frente al orden constituido (punto de vista de los fariseos) ni el rechazo (opinión de los zelotes) y ni siquiera bendice el estado imperial (tendencia de los herodianos).

Su doble declaración constata, por una parte, la existencia de reglas provisionales en la tierra y, por otra, invita a adoptar en los enfrentamientos de ellas un compromiso crítico: distinguir entre lo accesorio y el principal, entre lo relativo y lo absoluto, entre los pasajero y eterno, entre la realidad penúltima y la última.

La decisión apolítica de Jesús contiene una invitación a la acción responsable a favor de la sociedad humana, sin reducciones o exaltaciones indebidas, conforme a la voluntad de Dios.

La respuesta de Jesús no es una simple astucia para eludir el problema y no caer en la trampa tendida por los fariseos y herodianos. No dice simplemente: "Dad a cada uno lo que espera", sin determinar lo que espera a cada uno.

En aquellos tiempos el dominio de un soberano se extendía en donde su moneda tuviera curso legal. Era obvio que donde circulaba la moneda del César, estaba todo sometido al César y se respetaban las reglas del juego, entre los cuales el de pagarle tributo (cfr Rm 13,1-7; 1Pt 2,13 ss).

Para Jesús el problema es otro: dar a Dios lo que es de Dios. Como la moneda del tributo porta la imagen del César y pertenece al César, así el hombre es imagen que pertenece a Dios.

El tributo que hay que pagar al César es el darse a él, amándole con todo el corazón y al prójimo como a ti mismo. (Mc 12,30-31).

Acerca de la autoridad civil, es justo distinguir el contenido del modo. Su contenido es el de servir al bien común; en este sentido, aunque sus formas sean históricamente más o menos imperfectas, es legítimamente querida por Dios (cfr Rm 13,1-4).

Normalmente, el modo en el cual se ejerce es el de los jefes de las naciones (cfr Mc 10,42), que ostentan el tener, el poder y el aparentar. Este modo no es querido por Dios. Esclaviza a todos, sea quien lo ejercita o quien lo sufre, quitando a todos, dominadores y dominados, la libertad, que es justo para lo que somos imagen y semejanza de Dios.

Este relato nos ayuda a entender el “poder” de Cristo que pone siempre en crisis el del hombre. Eso es amor, servicio y humildad.

Jesús nos da un criterio en base al cual hacer nuestras elecciones: primero dar a Dios lo que es de Dios. Solo así sabremos lo que debemos dar al César.

El uso del dinero es aceptación implícita del poder de quien lo tiene. Jesús no tiene dinero, a diferencia de los fariseos y herodianos. Su palabra no presentan por tanto un verdadero problema para ellos, que poseen mucho dinero con la inscripción del César. Las tasas son problema para quienes viven de sueldos, no para los pobres. Además, la inscripción en la moneda lleva el nombre y el papel divino del emperador:

Tiberio César emperador, hijo del divino Augusto

El título real de Jesús no lo encontramos escrito en ninguna moneda, sino en la cruz (Mc 15,26). Quien tenga oídos para oír que oiga.

Pero el problema fundamental es que el hombre, imagen de Dios, es de Dios y debe volver a él.

6 junio 2007

Mc 12,18-27

También los saduceos contestan a Jesús: ellos no creen en la resurrección de los muertos. La respuesta de Jesús considera dos momentos. Ante todo funda la fe en la resurrección en relación con Dios que la ha establecido entre los hombres: una relación de alianza, amistad, solidaridad, vida. Dios no es impotente frente a la muerte, “ no es dios de muertos, sino de vivos” (v. 27).

Citando el Éxodo 3, que es un texto sobre Dios y no sobre la resurrección de los muertos, Jesús reconduce el debate al amor de Dios y a su fidelidad: si Dios ama al hombre no puede abandonarlo en poder de la muerte.

Jesús corrige otro error de los saduceos que piensan en la resurrección como una simple continuación de la vida actual, con los mismo tipos de relaciones.

Pensando de este modo, ellos no tienen en cuenta el poder de Dios" (v. 24).

La resurrección no es una simple continuación de la vida actual, sino el paso a una vida nueva, creada por el poder de Dios. No es la reanimación de un cadáver: es una transformación cualitativa, es una nueva existencia.

Nuestra resurrección es el centro de la vida cristiana. Sin ella " es vana nuestra predicación y nuestra fe”, escribe san Pablo a los Corintios (1Cor 15,14).

Los saduceos se asemejan a muchos creyentes de nuestro tiempo. Creen en Dios, pero no en la resurrección de los muertos. Cerrados en el

materialismo, no creen, ni teórica ni prácticamente en el fin al que Dios nos ha destinado: la vida eterna. Es la alineación más trágica del hombre, que pierde aquello para lo que ha sido hecho, el horizonte que da sentido a la vida. Tentare superar la muerte a través de generaciones de los hijos es un remedio peor que el mal, una victoria ilusoria, porque no se hace nada más que acrecentar el número de los destinados a la muerte.

La generación de los hijos tiene sentido solamente en la esperanza de estos "destinados a la muerte" encuentren a Dios que les da la vida en la resurrección.

7 junio 2007

Mc 12,28b-34

La pregunta que el escriba plantea Jesús no es ociosa. Dada la multiplicidad de las prescripciones de la ley (había 613, repartidas en 365 prohibiciones-una por cada día del años- y 248 mandamientos positivos, referentes a todo el cuerpo humano), se nos podía legítimamente interrogar sobre su valor y preguntarse cuál era el mandamiento más importante.

La respuesta de Jesús que plantea en el amor de Dios y del prójimo el centro de la ley, no es una novedad absoluta: lo enseñaban también los rabinos de entonces. La novedad consiste en haber unificado el texto del Dt 6, 4-5 con el texto

del Lv 19,18. Pero para coger este centro son necesarias dos precisiones. La Biblia enseña que nuestro amor a Dios y al prójimo supone un hecho precedente, sin el cual todo quedaría incomprensible: el amor de Dios por nosotros. Aquí está el origen y la medida de nuestro amor. El amor del hombre nace del amor de Dios y debe medirse por él. Y aquí se inserta la segunda precisión: ¿quién es mi prójimo? La Biblia responde: todo hombre que Dios ama, es decir, a todos los hombres, sin alguna distinción, porque Dios se ha revelado en Jesús como amor universal.

Nuestra vida es amar a Dios y unirnos a él (Dt 30,20), llegando a ser por la gracia lo que es él por naturaleza. Nuestro amor por él es el camino para nuestra divinización, porque uno deviene lo que ama.

Quien responde a este amor pasa de la muerte a la vida, mientras que quien no ama a Dios y al prójimo permanece en la muerte (1Jn 3,14). Dio es amor más fuerte que la muerte (Ct 8,6). Su fidelidad dura eternamente (Sal 117,2). Cuando morimos, él nos da la vida. Reconoceréis que yo soy el Señor cuando abra vuestras tumbas y os resucite de los sepulcros" (Ez 37,13). Dios ha creado todo para la existencia, porque es un Dios amante de la vida (cfr Sab 1,14; 11,26).

El amor por el hombre no está en alternativa con el de a Dios, su fuente. Se ama verdaderamente a Dios cuando se le ayuda a llegar a ser él mismo, asumiendo su fin para el que ha sido creado, que es el de amar a Dios sobre todo y al prójimo como a sí mismo. A la luz de esta verdad, debemos volver a ver radicalmente

nuestro modo de amar: mucho del llamado amor, que esclaviza a sí y a los otros, es una contradicción del amor, es egoísmo. ¡Cuánta purificación, cuánta gracia de Dios suceden para que el amor se verdadero amor.

8 junio 2007

Mc 12,35-37

¿Por qué la lectura del evangelista de Marcos vuelve con insistencia a la pregunta: ¿quién es Jesús? Y se nos ha dado la respuesta con claridad: Jesús es el Mesías (Mc 8,29).

Pero de pronto se propone otra pregunta: ¿ Qué significa para Jesús ser el Mesías y cuál es la relación que tiene el Mesías con Dios? Y se da la respuesta: El Mesías cumplirá su misión en el sufrimiento (tres anuncios de la pasión); el Mesías es el último enviado de Dios, y el Hijo al que Dios tanto ama (Mc 12,1-8).

Ahora se propone aquí un problema importante: ¿Quién es el Mesías? Cada hebreo podía responder con sencillez y sin ninguna duda: el Mesías es el hijo de David. Y esta respuesta encuentra su fundamento en los oráculos de los profetas, comenzando por Natán (2Sam 7). Y sin embargo la respuesta es incompleta. El Mesías no es el hijo de David; es Hijo de Dios.

Jesús funda su razonamiento en la interpretación del Salmo 110 , un salmo que la Biblia atribuye a David. Por tanto es el mismo David el que habla y dice: "Dijo el Señor (esto s, Dios mismo) a mi Señor (esto es, al Rey-Mesías): siéntate a mi derecha". Por tanto, dice Jesús, David llama al Mesías “mi Señor". Quiere decir, pues que el Mesías es mucho más que el “hijo de David".

Se concluye que Jesús es el Hijo de Dios, su reino no puede reducirse al reino de David. Sería un reino entre los reinos de este mundo o en alternativa a ellos mismos. Por el contrario el reino de Dios los supera, los trasciende y no está ligado a su realidad material.

9 junio 2007

Mc 12,38-44

Jesús pone en guardia a la multitud porque los jefes la pueden traicionar: es necesario que sepa que son en realidad sus jefes. Con pocas palabras el Maestro hace el retrato de los escribas: vanidad, se aprovechan de las viudas, ostentación en la oración. Su lógica es precisa: primero yo, luego las mujeres, y por fin Dios. Esperan un elogio de los escribas: son los estudiosos de la palabra de Dios. Si es verdad que el conocimiento es el origen de la virtud, ellos deberían ser muy virtuosos. Al contrario, no esperan mucho de la viuda de la que Jesús propone como ejemplo: es limitada, es pobre, y se ocupa diariamente de lo que tiene que comer para sobrevivir. ¿Qué puede dar a Dios una persona insignificante como ella?

Pero el juicio de Dios trastorna sus criterios de valoración. Los escribas usan el conocimiento de las Escrituras para tener honores humanos, se sirven de su piedad religiosa para esconder la codicia con la que se apropian de los bienes de los pobres e indefensos. La pobre viuda en su lugar, que puede poner en el tesoro del templo sólo dos monedas, se presenta a los discípulos como el verdadero ejemplo que hay que imitar: "Todos han echado lo superfluo, ella-en su pobreza-, ha echado lo que tenía" (v. 44). Así, con sencillez, esta mujer insignificante, a la que nadie había prestado atención, ha amado a Dios con todo su corazón (cfr Mc 12,30).

Jesús está por salir de la escena de este mundo y no nos deja como maestros de los personajes de mantos largos y palabras altisonantes, sino que da importancia a una mujer discreta , que sigue en silencio su lección: la viuda que ofrece a Dios toda su vida.

Es como Jesús que se hace el último de todos y entrega su vida en rescate por todos (cfr Mc 10,43-45).

El primer milagro de Jesús fue la curación de la suegra de Pedro para que pudiese servir (cfr Mc 1, 29-31). Su última enseñanza, antes de discurso escatológico, nos presenta a esta viuda, que ama verdaderamente a Dios con toda su vida. Son los verdaderos discípulos de Jesús y por tanto nuestros maestros/ as.

10 junio 2007

Lc 9,11b-17

Este banquete sella el punto de llegada de la misión de los apóstoles: la actividad misionera lleva a dar a conocer al Señor Jesús y tiene su uso culmen y coronación en la eucaristía. Ella es el fundamento de la Iglesia, es su principio y su fin.

L narración tiene como fondo el banquete de Dios da en el desierto a su pueblo (Is 25,6 ss; Os 11,4; Sal 23; etc.). Tal banquete (cfr Nm11,4 ss; Es 16; Dt 8,13) aclara muchos detalles de esta narración, cuya estructura es semejante a la multiplicación de los panes (2Re 4,42-44). Jesús es presentado como Dios mismo que sacia y salva.

Jesús acoge a las multitudes. Esta acogida, que prepara el banquete, tiene dos aspectos: " Les hablaba del reino de Dios" y "curaba a cuanto tenían necesidad". Lucas evidencia la curación de Jesús como de un médico con los necesitados, los excluidos, los desgraciados, enfermos y pecadores.

El declinar el día es la hora del día en la que Jesús fue invitado a “permanecer” con los discípulos de Emaús (Lc 24,29). Es la misma hora del banquete eucarístico que, como el pascual, se celebra al ponerse el sol.

Los Doce, que en los Hechos de los Apóstoles 6,2, veremos a los incitados a la mesa, ahora se vuelven a Jesús y les aconsejamos que se vayan fuera las gentes en lugar de acogerlas.

Jesús da a los discípulos la misma orden que había dado a Eliseo (2Re 4,43-44). Los discípulos hacen cálculos sobre su posibilidad. No saben todavía contar con el don de Dios.

Para la persona de Jesús, la multitud desordenada deviene un pueblo ordenado. La comida se consume cómodamente sentados y no de pie como en el primer éxodo (Es 12,11): con Jesús nunca están en reposo de la tierra prometida.

Este pan dado por Jesús es el vértice de todo lo creado porque en él toda la materia inanimada deviene Cristo que se hace alimento completo del hombre: es el punto de conjunción entre la creación y Creador en Jesús, que se hace pan para unirse al hombre su criatura predilecta.

Solo comiendo a Jesús el hombre se sacia de vida y vence la muerte. Este pan se lo puede conservar, a diferencia del maná que perecía, porque es el pan de la vida eterna (Jn 6,12). Se lo conserva dándolo y se lo multiplica dividiéndolo. El pan de Cristo es sobrenatural y sobreabundante.

11 junio 2007

Mt 10,7-13

Ir de misión es hoy todavía el gran ideal de la Iglesia, un ideal que envuelve y compromete a todos, quien va y quien se queda.

La predicación apostólica retoma y continúa los anuncios de Jesús y del Bautista, comenzando por el Reino de los cielos. El anuncio se hace con la palabra (v. 7), con las obras del bien (v. 8a) y con el testimonio de la vida (vv. 8b-10).

La predicación es el momento prioritario. La alegre noticia debe ser ante todo escuchada y conocida para encontrar la resonancia en el corazón del hombre. Pero el evangelio es ante todo una propuesta del bien: por esto debe ser traducido en obras de salvación (exorcismos y curaciones).

Mateo hace el elenco de algunas reglas o normas que constituyen el estilo misionero. La primera debe ser la pobreza. El discípulo de Cristo se da a sí mismo gratuitamente: es la pobreza más verdadera y profunda.

Esta pobreza se expresa contentándose con lo estrictamente necesario (v. 9) y con el valor (que es la fe) en confiar también el problema a la providencia de Dios.

La razón de este mandato respecto a la pobreza no se dice, sino que se deduce del contexto

evangélico. En el discurso de la montaña se anuncia el reino a los pobres (Mt 5, 3) y los discípulos son invitados a reprimir las excesivas preocupaciones terrena confiando en el Padre celestial (Mt 6,25-34). Pero más todavía cuenta el ejemplo de Jesús que vive en medio de su gente sin saber dónde reclinar su cabeza (Mt 8, 20). El misionero no puede tener un comportamiento diverso del de su maestro (Mt 10,24) y confirma el contenido del mensaje que anuncia.

La pobreza es el despego de las preocupaciones materiales subrayando la urgencia evangelizadora. Quien está totalmente absorto por el anuncio del mensaje cristiano no puede ir tras preocupaciones materiales y pecuniarias. El misionero evangélico debe presentarse a los hombres humilde y penitente y pobre como lo requiere el sermón de la montaña.

En cualquier ciudad o pueblo llegue, el apóstol deberá distinguirse como una persona digna (v. 11), para que su predicación no sea vana.

Augurar la paz significa comunicar la totalidad de los bienes prometidos por Dios, esto es, el reino de los cielos se realiza en Jesús.

12 junio 2007

Mt 5,13-16

Jesús parangona los discípulos con la sal de la tierra y la luz del mundo. Llevan al mundo la felicidad, transfiguran la vida y dan sabor a toda realidad humana; no pueden ser sustituidos por ninguno. Ellos deben ser testigos transparentes de la luz de Cristo que tienen en sí porque todos, dentro y fuera de la Iglesia, pues sus obras buenas glorifican al Padre que está en los cielos.

El poder de la sal se multiplica. Protege de la putrefacción, condimenta y purifica. En el Antiguo Testamento se empleaba para el sacrificio. Según el Libro del Levítico 2,13 se prescribe que en todo sacrificio de oblación se ofrezca sal. En el mundo griego la sal simbolizaba la hospitalidad.

El significado de los discípulos para el mundo corresponde al de la sal para la comida: son insustituibles. Pero el acento no se pone en este punto, sino sobre la posibilidad de fracasar. La sal puede devenir sin sabor y entonces no sirve para nada.

Si los discípulos fallan, si faltan en su deber, no les queda nada más que esperar el juicio que los hombres hagan de ellos. Especialmente en Isaías el juicio se presenta como el ser culpables (Is 10,6). Los cristianos son la sal de la tierra si cumplen las obras de misericordia por las que serán juzgados (Mt 25, 34 ss).

A los discípulos se les asigna, sin límites, la función de luz del mundo y de ciudad en el monte. La ciudad sobre el monte simboliza la fuerza de la atracción de la comunidad de los discípulos. Ocultando la luz, los discípulos se

hacen culpables como el siervo astuto que ha escondido el talento bajo tierra (Mt 25, 18 ss).

Hacer resplandecer la luz es la manifestación de la propia fe ante los hombres (Mt 10,32-33) y eso requiere sacrificio. Las directivas del discurso de la montaña miran al sí para que el comportamiento de los discípulos sea conforme a lo que predican (Mt 5,48).

Los discípulos que viven según las bienaventuranzas, no viven para sí, autosuficientes, escondidos en un ángulo del mundo, sino en público, visibles y accesibles a los hombres y también expuestos a sus críticas.

13 junio 2007

Mt 5,17-19

Jesús cumple las Escrituras realizando en su persona lo que decían de él. El cumplimiento de l Ley por parte de Jesús no es de orden puramente doctrinal: es el empeño mismo de su vida y de su muerte.

No ha venido para frustrar las promesas del Antiguo Testamento, sino para realizarlas: no la Ley vacía de su contenido, sino que la cumple hasta el último nivel, llevándola hasta su más próxima alta expresión.

Jesús no es un adversario de Moisés, pero tampoco es su discípulo; es por el contrario el verdadero legislador que Dios ha enviado a los

hombres de todos los tiempos, del cual Moisés era sólo un precursor.

A la venida del Mesías, Moisés es invitado a desaparecer (cfr Mt 17,8). La Ley era incompleta non porque no expresara la voluntad de Dios, sino porque la expresaba de un modo imperfecto e inadecuado. También los mínimos detalles de la Ley conservan su valor eterno, sobre todo si la Ley es la renovada por Cristo (v. 18).

Jesús cumple la Ley, que manifiesta la voluntad del Padre, amando a los hermanos. El amor no olvida ni el más mínimo detalle, sino que manifiesta la propia grandeza en sus atenciones más pequeñas.

Le realidad más sólida, el cielo y la tierra, podrán caer pero no caerá un jota, es decir, la parte más pequeña de la Ley, para que no sea tocada. No se trata de salvaguardar el cumplimiento de un código hasta en las mínimas prescripciones, sino de comprender el contenido profundo que sobrevive en el Evangelio:

El amor. Con la proclamación del Evangelio el Antiguo Testamento no termina, sino que se actualiza en el Nuevo.

14 junio 2007

Mt 5,20-26

La concepción de la justicia según san Mateo no puede confundirse con la de Pablo. Para Pablo la

justicia y la justificación de Dios concedida por la gracia al hombre; para Mateo es la recta acción requerida por Dios al hombre.

Jesús ha vuelto a poner en vigor la Ley como ley de Dios y documento de la alianza, pulida de todas las torturas y añadiduras de la tradiciones humanas e incrustaciones depositadas durante siglos.

La mejor justicia, que debe superar la de los escribas y fariseos, requerida por Cristo a sus discípulos está también en el hecho de que Jesús ha reconducido cada uno de los preceptos dominantes al principio: la exigencia del amor de Dios y del prójimo, de los que dependen la Ley y los Profetas.

Jesús no propone una ley diversa, como aparece claro en Mt 5,17: "No penséis que he venido a abolir la ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento".

Jesús habla con la autoridad parecida a la que Dios dio cuando los Diez Mandamientos. "Pero yo os digo” no contradigo cuanto se ha dicho, sino que lo aclaro, lo modifico en lo que suena a concesión, y pasa de las simples acciones a los deseos del corazón, del que procede todo.

"Pero yo os digo" no es una antítesis, sino un complemento: la muerte física viene de una muerte interna del otro: de la ira, del desprecio, de la ruptura de la fraternidad en sus enfrentamientos. La ira es la muerte del otro en el propio corazón. El desprecio es la muerte interior que prepara y permite la exterior.

Todas las guerras están precedidas por una campaña denigratoria del enemigo, considerado indigno de vivir y merece la muerte: por consiguiente, matarlo es un deber; así es una obra grata a Dios, como nos ha dicho Jesús: "Vendrá la hora en la que se os matará creyendo hacer un honor a Dios" (Jn 16,2).

El mandamiento del amor al prójimo es superior al del culto. La paz del hermano es condición indispensable por la paz y el encuentro con el Padre. Lo que impide el contacto con los hermanos también el contacto con Dios.

No sólo quien ha ofendido, sino también quien ha sido ofendido, debe reconciliarse con el hermano antes de tomar parte en el culto. No es cuestión de razón o de hurto; cuando hay algo que divide a dos miembros de la misma comunidad, tal obstáculo debe desaparecer para poder comunicar se con Dios.

La vida es un camino de reconciliación con los demás. No se sabe si se tiene o no razón; si no se está de acuerdo con los hermanos, no se es hijo de Dios. La realidad de hijos de Dios se manifiesta necesariamente en el vivir por los hermanos en Cristo.

Si no se pasa de la lógica del débito a la del don y del perdón, se pierde la vida de hijos del Padre (cfr Mt 18,21-35).

15 junio 2007

Lc 15, 3-7

Los destinatarios de la enseñanza son los escribas y los fariseo. La parábola es una invitación a los justos para que se conviertan de la propia justicia que condena a los pecadores, a la justicia del Padre que justifica.

Mientras el pecador siente la necesidad de la misericordia de Dios, el justo no la quiere ni para sí ni para los otros, antes bien se irrita grandemente con Dios, como Jonás (Jonás 4,29). De este modo rechaza a Dios, que es misericordia, en nombre de la propia justicia.

La contraposición entre uno y todos subraya la condición de precedencia de quien está fuera del camino, enfermo e infeliz respecto a quien está al seguro, con salid y con alegría.

En el Antiguo Testamento el pastor es Dios (Jr 23,1-6; Ez 34,12-16; Sal 23; etc.), en el Nuevo es Jesús (Jn 10,11ss). El corazón del Padre se dirige enteramente al hijo único que falta. No basta la presencia de todos los demás, para consolarlo. Tiene un amor total para cada uno. El sufrimiento por la pérdida de uno solo nos revela el gran valor que tiene cada uno de nosotros a los ojos del Padre.

El compromiso del Padre se revela en el comportamiento de Jesús que busca al hombre perdido e invita a los amigos y cercanos para que compartan la alegría del encuentro.

La iniciativa de la salvación es Dios que no espera el retorno del pecador descarriado, sino que va al encuentro y lo lleva a su casa. La alegría de Dios por el retorno del pecador está en ver reconocida y escuchada su misericordia.

La alegría de Dios será plena cuando todos, incluso los justos, se conviertan. Según Pablo el punto de llegada de la historia es la conversión de Israel (Rm 11,25-36). La alegría de Dios por la salvación de uno solo deja entrever el sufrimiento divino del Padre hasta que no vea a todos sus hijos en su casa.

En realidad el rebaño no se ha convertido. No somos nosotros lo que retornamos a Dios, sino que es él que viene a nosotros. Convertirse es volver nuestra mirada del propio yo a Dios, de nuestra desnudez al ojo de aquel que da siempre y nos guarda con su amor.

16 junio 2007

Mt 5,33-37

Jesús prohíbe todo tipo de juramento. La prohibición debe interpretarse en el sentido total. Las cuatro fórmulas de juramento reportadas por el texto y prohibidas por Jesús representaban todas las fórmulas de juramento en uso entonces.

Toda aserción que vaya más allá del sencillo sí y no tenga su origen en el maligno el cual “dice falso, habla de sí, porque es mentiroso y padre de la mentira" (Jn 8,44).

Este mandamiento requiere la veracidad delante de Dios y de los hombres. Quien presta juramento en el nombre de Dios presenta una garantía de la que no dispone absolutamente.

Los judíos juraban "por la vida de mi cabeza”. Pero tampoco nuestra cabeza es nuestra, sino de Dios. Sólo Dios, el creador, puede disponer del hombre.

Nosotros hoy nos encontramos frente a la práctica del juramento. Es contraria al mandamiento de Jesús:” No juréis en vano".

17 JUNIO 2007

Lc 7,36--8,3

En la casa del fariseo, a donde fue invitado, Jesús vio en el banquete nupcial a una pecadora inoportuna y no deseada. El fariseo orgulloso de su justicia no puede participar en la danza del amor si antes no llora su pecado.

La narración sirve para persuadir al justo de pecado de prostitución porque puede merecer el amor de Dios que es gratuito. Este pecado de “meretriz”, de prostitución es el único pecado directo contra Dios que es amor.

Esta mujer es figura del verdadero pueblo de Dios que se reconoce pecador y necesitado de perdón; es el símbolo de la humanidad pecadora que retorna a su esposo, Dios.

La presencia de la pecadora que ama, muestra al justo su pecado profundo, el de no saber amar. De la fiesta del amor queda excluido sólo el justo, que no ama para no sentirse amado, porque cree no tener necesidad de ser amado. Pero también el justo participa en el banquete de la vida en la medida en que se reconoce prostituído, adúltero y pecador.

El pecado típico del justo es el de compararse con el amor de Dios con la moneda sonante de las propias buenas obras. Es el pecado “natural” de todas las religiones, que suponen a un Dios malo al que hay que destruir.

Jesús, en casa del fariseo, muestra a todos su bondad: acepta y ama a la mujer que pecó con la prostitución con los hombres, acepta y ama y ama al fariseo que peca con prostitución en sus relaciones con Dios.

En los vv. 40-42 Jesús cuenta una parábola que pone en juego a todos. Es la parábola de los dos deudores. Cada hombre es deudor a Dios totalmente. El verdadero pecado es el de no aceptar ser deudores, sino querer restituir bajo formas de prestaciones de todo tipo, de modo de asemejar nuestra narración con Dios, para sentirnos libres e independientes por él al hemos entregado todo, para sentirnos nuestros y suyos.

Es la tentativa de no ser ya criaturas, sino emancipados del Creador para ser como Dios, sin Dios y en contraposición con Dios. Es el

pecado original del hombre. Esta es la prostitución religiosa, fruto del no conocimiento de Dios, que produce todos los pecados de los justos e injustos. El don de Dios, al que debemos todo, es un amor gratuito de aceptar y al que le corresponde otro amor gratuito.

El contenido de la parábola está en dos expresiones “dar gracia” por parte del acreedor y “amar más” por parte de deudor agraciado. Lo más ventajoso en esta situación es quien tiene deuda mayor, porque recibe un don mayor. Quien recibe un don mayor, un perdón mayor forma experiencia de un amor más grande. Delante de Dios que llena gratis de su amor es una desgracia de estar llenos de sí.

Jesús pone como modelo al fariseo la pecadora perdonada que ama, aquel que había juzgado y condenado, y quería excluirla del banquete de su casa.

Jesús es un viandante incansable. Su vida se dirige y pasa en el camino. Pasa a través de las localidades grandes y pequeñas.

El evangelio debe caminar por los caminos del mundo. En su peregrinar lo acompañaban los apóstoles, que son el primer núcleo del pueblo de Dios. Pero también las mujeres forman parte del sequito de Jesús. Estas acompañantes, colaboradoras, benefactoras de Jesús van con Jesús y sus apóstoles en plan de asistencia: ponen a disposición sus bienes y su trabajo.

La característica común de estas mujeres que siguen a Jesús es la experiencia del cuidado que Jesús se ha tomado de ellas. Han hecho la experiencia del don y del perdón. Se han sentido

amadas y por esto aman. El amor se manifiesta en el servicio librándolo de sus necesidades. Este amor se manifiesta más con hechos que con palabras. El espíritu de servicio de estas mujeres les llevará hasta los pies de la cruz y delante del sepulcro, les hará entrar en él y serán los primeros testigos del Resucitado. Los apóstoles y estas mujeres son la pequeña grey con el que el Padre se complace en dar su reino (Lc 12,32), es decir, Jesucristo Señor.

Característica de estos primeros cristianos: escuchan a Jesús y están con él. Esta escucha de Jesús y estar con él es la cualidad más bella y más profunda del discípulo: subraya el aspecto personal de amor que lo liga a su Señor.

A través del anuncio de la palabra y los milagros que Jesús cumple, Jesús hace la experiencia de la bondad, de la misericordia y de la gracia de Dios en sus miradas. El reino de Dios (v. 1) es el nuevo contexto social y religioso en que todos son llamados a vivir libres del miedo de Dios, de las enemistades recíprocas y de toda forma de mal.

18 junio 2007

Mt 5, 38-42

La frase "ojo por ojo y diente por diente" reporta la ley del talión (Es 19,15-51; 21,24; Lv 24,20). Es uno de los principios de las legislaciones antiguas (Código de Hammurai y Ley de las

doce tablas o mesas). Enseñaba sustituir la ley de la donación de sangre (Gen 4,23). En tiempo de Jesús la ley del talión estaba todavía vigente, pero podía ser sustituida por un resarcimiento de dinero.

La non-violencia exigida por Jesús no es vil resignación, sino fuerza e interdependencia del amor. El poder de la impotencia tiene su más alta manifestación en Jesús que "fue crucificado por su debilidad, pero vive por el poder de Dios (2Cor 13,4) y se apoya en la fe que la impotencia de la cruz vence al mal.

"OJO POR OJO"

La ley del talión parece que estuvo en efecto, a lo menos oficialmente desde los días de Caín y Abel. Sin embargo, fue puesta por escrito por Moisés (Exodo 21:22-25; Levítico 24:20). Había dos factores en esta ley; el pago por la ofensa debía ser preciso y exacto "ojo por ojo, diente por diente; y el otro factor es el elemento de justicia que ayudó a la humanidad a mantener un control social. La ley del talión ha servido en una forma muy útil en la jurisprudencia.

El Señor Jesús no hace la sugestión de destruir la ley, sino que la eleva al nivel de no ejecutar la represalia. Cristo Jesús estaba interesado en actitudes más que en reglas y leyes. Esta ley más elevada, decía operar o afectar en las siguientes cinco áreas de la vida: 1) Sentimientos personales (v. 39). 2) Propiedades personales (v. 40). 3)

En el área de inconveniencias personales (v. 41), "ve la segunda milla". 4) En el área de necesidades físicas (v. 42). 5) En el aspecto de las inversiones (v. 42).

¿Requiere esta ley que todos los cristianos deben de responder favorablemente a cada una de las peticiones? ¡No, por el momento! El cristiano vive en un mundo realista, en el que su meta primordial es conducir al camino que lleva al cielo. Si el esfuerzo de cumplir cualquiera de las áreas antes mencionadas debilita a otros espiritualmente, entonces la respuesta del cristiano violaría el propósito de dicha ley. El darle dinero a un hombre para que tome licor, podría ser una ilustración de cómo se puede violar esta ley. Lo que Cristo está urgiendo es un espíritu compasivo que le muestre a los pecadores el espíritu de Cristo.

VI. ELIMINANDO A NUESTROS ENEMIGOS (Mateo 4:43-48)

¿Cuál es la mejor forma como un cristiano puede tratar a sus enemigos?

1. "OISTEIS QUE FUE DICHO"

Cristo Jesús les asesta un golpe mortal a los fariseos. Al citar de Levítico 19:18, le añade aborrecerás a tu enemigo". Estas tres últimas palabras no estaban en las Escrituras judías sino los judíos las habían incorporado dentro de la tradición y las habían hecho parte de sus vidas, poniéndolas en el mismo nivel de "Amarás a tu prójimo". La palabra "prójimo" quiere decir cualquier persona con quien nos relacionemos, ya sea por circunstancias o por lazos nacionales. Los fariseos sentían que aquello que no estaba claramente presentado debía ser ignorado. Por lo tanto la ley de "Amar a nuestro prójimo" llevaba la implicación del derecho de aborrecer a nuestros enemigos. Por eso el Señor quiso poner las cosas en su lugar, él declaró que nuestro prójimo es cualquiera que está a nuestro derredor o venimos a estar en contacto. Si ellos parecían tener enemistad con nosotros debemos amarlos con sumisión, eliminando de esta manera la enemistad.

2. "AMAD A VUESTROS ENEMIGOS"

La verdad de eliminar a nuestros enemigos por medio del amor, en realidad requiere de una fuerza mayor que la que nosotros poseemos. Requiere el poder del Espíritu Santo, el amor de Dios morando en nuestros corazones. Es humano amar a nuestros amigos. Pero es cristiano amar a

nuestros enemigos. Es cristiano el preocuparnos por otros y desearles el bien. Es cristiano el ejercer una actitud positiva y de buena voluntad hacia los que nos muestran odio y belicosidad, y nuestra actitud borrará su rencor. Con justa razón alguien dijo, "El Sermón del Monte se hizo práctico en el Pentecostés".

LUCES EN EL TEXTO PARA MEMORIZAR

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mateo 5:17).

Los judíos que sólo se preocupaban por la letra muerta de la ley no entendían su vida y que sólo era simbólica de la perfección moral, acusaban a Cristo que realmente era el cumplimiento de la ley y que la expresaba espiritualmente con el sentido que Dios quiso darle.

Podemos decir que en la ley había dos partes importantes: una era ceremonial y otra, moral. La primera era de tipo de cosas futuras, símbolo de Cristo y su sacrificio expiatorio. Aun dentro de lo que es ceremonial, hay ordenanzas que tienen un significado sumamente higiénico y preservativo de la raza humana que debiera conservarse en su mejor estado.

La parte moral de la ley no podía ser abrogada sino superada; si el primer pacto fue con gloria, cuanto más el segundo. Cristo fue el único que pudo cumplir la ley. Recordemos que los judíos habían agregado muchas tradiciones propias como si fuera real parte de ella y es allí donde tenían los mayores choques con Jesús.

La Biblia es la palabra eterna de Dios; sus leyes morales son inapelables y sublimes. El cristianismo no puede ni debe deshacerse de ellas. No es lo que Cristo hizo; él cumplió y mostró a los hombres que sólo naciendo de nuevo del Espíritu estarían en condiciones de hacerlo. La promesa dada por Ezequiel: "Escribiré mi ley en sus corazones", se ha verificado. Cuando la ley de Dios está escrita en las tablas del corazón, no hay réplica, porque se hace un imperativo no exterior, sino subjetivo por el cual el hombre va a querer andar en la luz de su cumplimiento y en santidad.

La verdad de eliminar a nuestros enemigos por medio del amor, requiere de una fuerza mayor que la que nosotros poseemos. Requiere el poder del Espíritu Santo, el amor de Dios morando en nuestros corazones.

19 junio 2007

Mt 5,43-48

El mandamiento del amor, el mismo para todos indistintamente, es el supremo complemento de la Ley (v. 17). Jesús ha llegado a esta conclusión lentamente tras haber hablado de la abstención de la ira y de la inmediata reconciliación (vv. 21-26), del respeto a la mujer (vv. 27-30) y la propia mujer (vv. 31-32), de la verdad y sinceridad en las relaciones interpersonales (vv. 33-37), hasta la renuncia de la venta de sangre y las reivindicaciones (vv. 38-42).

El principio del amor del prójimo se ilustra con dos ejemplificaciones prácticas: rezar por los enemigos y saludar a todos sin discriminación. La sinceridad más grande del amor es pedir a Dios bendiciones y gracias para el enemigo. Este vértice del ideal evangélico se puede comprender sólo a la luz del ejemplo de Cristo (cfr Lc 23,34) y sus discípulos (cfr Hch 7,60). El que reza por su

enemigo se une a él ante Dios. En sentido cristiano la oración es la recompensa que el enemigo recibe a cambio del mal hecho.

El precepto de la caridad no tiene en e cuenta las antipatías personales y los comportamientos del prójimo. El prójimo de cualquier color, bueno o malo, benévolo o ingrato debe ser amado. El enemigo es el que necesidad de ayuda: por esto Jesús nos manda ofrecerlo nuestro socorro.

El mandamiento del amor de los enemigos revoluciona las conductas tradicionales del hombre.

La benevolencia cristiana no es filantropía, sino participación en el amor de Dios. Su universalidad se justifica sólo a esta luz: "para que seáis hijos de vuestro Padre (v. 45), y "seáis perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en el cielo" (v. 48). El cristiano expresa del modo más seguro y verdadero su parentela con Dios amando indistintamente a todos.

El amor del enemigo es la esencia del cristianismo. San Agustín nos enseña que “ la medida del amor es amar sin medida", es decir, infinitamente, como ama Dios.

En cuanto hijos de Dios los cristianos deben asemejarse al Padre en el modo de ser, sentir y actuar. El amor a los enemigos es el camino para unirse en la misma perfección.

La perfección de la que habla Mateo es la imitación del amor misericordioso de Dios a todos los hombres, incluso si son injustos y malvados. El cristiano es una criatura nueva (cfr 2Cor 5,17) y no puede actuar según sus instintos y

caprichos, sino conforme a la nueva vida en la que ha sido regenerado.

Jesús pone como término de la perfección la acción del Padre, que es un punto inalcanzable. La imitación del Padre, y por consiguiente de Jesús, es la única norma de la acción cristiana y superar la moral farisaica. Ser perfectos como el Padre es imitar a Cristo en su plena y heroica sumisión a la voluntad del Padre, y en su entrega a los hermanos. Siendo perfectos imitadores de Cristo, también lo somos del Padre.

20 junio 2007

Mt 6,1-6.16-18

El discurso retoma el enunciado en 5,29; "Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". El término justicia se usa en la Biblia para sintetizar las relaciones del hombre con Dios, la piedad, la religiosidad y la fe.

Las relaciones con Dios, nuestro Padre, deben ser insertos en la confianza y en la sinceridad.

La auténtica justicia no tiene como punto de referencia los hombres, sino que se ejercita ante el Padre que está en los cielos. Hacerse notar por los otros es perder toda recompensa junto al Padre.

Mateo subraya la vanidad de un gesto puramente humano: los hipócritas, que buscan la aprobación, ya han recibido su recompensa.

La hipocresía consiste en el hecho de que la acción, que tiene a Dios como destinatario, se desvía de su término. La limosna, la oración y el ayuno deben ser hechos para el Padre que ve en lo secreto.

Estas acciones hechas “en secreto” no significan necesariamente acciones secretas: indican cada acción, incluso pública, hecha para el Padre y no para ser vistos por los hombres. Es la intención profunda que cuenta para que la recompensa se sitúe en el este nivel: la recompensa y la autenticidad de la relación con el Padre.

El cristiano debe dar limosna para salvaguardar la rectitud de la ayuda prestada al hermano por amor al Padre.

La instrumentalización de la oración es la deformación más mala de la piedad, porque coloca a su servicio incluso lo que es esencialmente de Dios.

Jesús en su intervención no se propone modificar el ritual de la oración judía, sólo sugiere un modo más recto de cumplirla, evitando la ostentación, el formalismo, la hipocresía. Los mismos rabinos enseñaban: "El que hace de la oración un deber, que retorne a hora fija, no ora con el corazón".

El reclamo de Jesús está en la misma línea de la tradición profética y sapiencial y encuentra conformación en las enseñanzas sucesivas y más aún en su vida.

El ayuno es otra práctica importante de la vieja y nueva “justicia”. Es un acto penitencial que completa y ayuda a la oración.

Jesús, como los profetas, no condena el ayuno sino el modo cómo se hacía. En vez de expresar la propia humillación, llega a ser una manifestación de reloj.

El ayuno cristiano, como la limosna y la oración, debe cumplirse en lo escondido. El cristiano no debe hacer ostentación de su penitencia; debe esconderla con un compromiso alegre.

El ayuno, como toda otro sufrimiento, es una fuente de alegría para que obtenga una mayor cercanía a Dios. La invitación de Jesús a asumir un compromiso...subraya el significado definitivo de la penitencia cristiana. Poder sufrir es una gracia(cfr 1Pt 2,19).

21 junio 2007

Mt 6,7-15

Jesús nos enseña la oración cristiana, que se contrapone a la oración de los fariseos y de los paganos: el Padre nuestro.

Es un texto de gran importancia que nos ayuda a comprender quién es el cristiano. El Padre

nuestro es una palabra de Dios dirigida a nosotros, más que una oración dirigida a él. Es el resumen de todo el evangelio. No es Dios el que debe convertirse, solicitado por nuestras oraciones: somos nosotros los que debemos convertirnos a él.

El contenido de esta oración es único: el reino de Dios. Esto se presenta en perfecta consonancia con la enseñanza de Jesús: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

Padre nuestro. El discípulo tiene derecho a rezar como hijo. Y hay en esto una nueva relación: la originalidad cristiana (cfr Gal 4,6; Rm 8,15).

La familiaridad en la relación con Dios, que nace de la conciencia de ser hijos amados por el Padre, se expresa en el Nuevo Testamento con el termino *parresìa* que puede traducirse por *familiaridad confiada y dirigida al Padre* (cfr Ef 3,11-12). El adjetivo *nuestro* expresa el aspecto comunitario de la oración. Cuando uno reza al Padre, todos rezan en él y con él.

La expresión que *estás en los cielos reclama la trascendencia y la señoría de Dios*: él es cercano y lejano, como nosotros y diverso de nosotros, Padre y Señor. Saber que Dios es Padre lleva a la confianza, al optimismo, al sentido de la providencia (cfr Mt 6,26-33).

Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino hágase tu voluntad. El verbo de la primera invocación está en pasivo: eso significa que el protagonista es Dios, no el hombre. La santificación del nombre es obra de Dios. La oración es sencillamente una adhesión que deja

espacio a la acción de Dios, una disponibilidad. La expresión *santificar el nombre debe entenderse a la luz del Antiguo Testamento, en particular* en Ez 36,22-29. Ella indica permitir a Dios que desvele su rostro en la historia de la salvación y en la comunidad creyente. El discípulo reza para que la comunidad se involucre transparente que deja entrever la presencia de Dios Padre.

La venida del Reino comprende la victoria definitiva sobre el mal, la división, el desorden y la muerte. El discípulo pide y espera todo de esto. Pero su oración implica al mismo tiempo una asunción o toma de responsabilidad:

Espera el reino de Dios como un don y juntamente pide el valor para construirlo. La voluntad de Dios es el designio de salvación que debe realizarse en la historia.

Así en el cielo como en la tierra. Hace falta anticipar aquí en la tierra la vida del mundo que vendrá. La ciudad terrestre debe construirse a imitación de la ciudad de Dios.

Danos hoy nuestro pan de cada día. Nuestro pan es fruto de la tierra y del trabajo del hombre, pero es también, y sobre todo, don del Padre. En la expresión existe el sentido de la comunidad (nuestro pan) y un sentido de sobriedad (nuestro pan) y un sentido de sobriedad (el pan para hoy). El Reino está en el primer puesto: el resto en función del Reino.

Perdona a nuestros deudores como nosotros los perdonamos a ellos, y no nos dejes caer en la

tentación, mas líbranos del mal. También esta tres peticiones miran al reino de Dios, pero dentro de nosotros. El Reino es ante todo la llegada de la misericordia.

Esta oración se abre con el Padre y termina con el maligno. El hombre está en el medio, comprendido y solicitado por ambos. Ningún pesimismo. El discípulo sabe que nadie y ninguno lo puede separar del amor de Dios y alejarlo de sus manos del Padre.

Mateo comenta el *Padre nuestro* con un solo punto, *perdónanos nuestras deudas….* He aquí el comentario: "Si perdonáis a los hombres sus culpas, vuestro Padre celeste os perdonará a vosotros...".

En el capítulo precedente Mateo había puesto a la luz el amor para todos. Ahora pone a la luz su manifestación concreta: el perdón.

22 junio 2007

Mt 6,19-23

En este relato Jesús nos da dos mandamientos:"Acumulad tesoros en el cielo, no en la tierra". Acumular tesoros, llegar a ser ricos es la aspiración de todo hombre. En la riqueza busca manifestar su poder, su superioridad, su vanagloria, su soberbia, pero sobre todo busca en ella la seguridad contra todos los peligros,

entendida la muerte, y la posibilidad de tener todas las satisfacciones que el bienestar económico puede dar. La búsqueda egoísta de los bienes materiales sustrae tiempo y energías para la adquisición de los bienes del cielo y hace al hombre esclavo de las cosas que posee y desea.

Cada uno debe tener algo o a alguien a quien dedicar sus atenciones y sus fuerzas. El problema es la elección de este tesoro al que se adhiere con el corazón. El hombre es lo que ama. Si ama las cosas deviene como las cosas, si ama a Dios deviene como Dios.

El uso de las cosas es bueno hasta no se convierte en obstáculo para seguir a Cristo y amar a los hermanos. El cristiano no puede ser esclavo de nada y de ninguno porque “Cristo nos ha librado para que nos quedáramos libres" (Gal 5,1). El cristiano dona el tener para obtener el ser: ser como el Padre.

El dicho evangélico de la luz del cuerpo nos presenta la necesidad de la claridad en la orientación de la vida. La verdadera luz es Jesús (Mt 4,16; Jn 1,9; 8,12; etc.). El ojo bueno es el que acoge la luz de la revelación de Jesús; el ojo malo, el que la rechaza. El ojo que deja entrar esta luz sumerge a toda la persona en la luz, el ojo que no deja entrar esta luz sumerge a toda la persona en las tinieblas.

El ojo se presenta como el símbolo del corazón y de la mente. El corazón del hombre debe estar

orientado a Dios y vivir en la búsqueda de los tesoros del cielo, entonces todo el hombre está en la luz. Si se pierde en la búsqueda de los bienes materiales deviene ciego y toda su persona se sumerge en las tinieblas.

En la Biblia el ojo expresa la orientación espiritual de la persona. El ojo bueno expresa la relación justa con Dios, por la que el hombre se ilumina (Sal 4,7; 36,10). El ojo malo expresa la oposición del espíritu en los enfrentamientos con Dios.

En el evangelio de Mateo el ojo malo es símbolo de la envidia, avaricia y egoísmo (20,15). El ojo que no acoge la luz de la revelación de Jesús deviene tenebroso. La tiniebla total y definitiva es la perdición eterna.

23 junio 2007

Mt 6,24-34

Dios quiere para sí a todo el hombre y no tolerará compromisos: "Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" (Mt 22,37). Detrás de todas formas de idolatría se esconde el maligno. Se esconde detrás de la manmona, que es juntamente lo que poseamos. Quien adora el dinero, adora a Satanás. El dicho pretende provocar en el oyente una decisión clara: o Dios o el dinero. Cuando se busca

acumular riqueza, esta deviene un ídolo y Dios devine olvidado.

Este dicho encuentra una clamorosa demostración en la relación de Mateo 19,16-30. El rico que no acoge la llamada de Jesús indica la imposibilidad de vivir según el evangelio y estar al mismo tiempo apegados a las propias riquezas. La conquista del mundo es el mandato dado por Dios a los hombres (Gen 1,28). El uso legítimo de las cosas deben estar a nuestro servicio y no nosotros al suyo. Cuando el poseedor de las cosas impide o retarda el camino a Dios y al prójimo, entonces tenemos la prueba de que el dinero es más importante que Dios y los hermanos. El pecado es amor a las criaturas según el Creador. Todo debe ser sacrificado para el fin último que es Dios (Mt 5,29-30).

Quien vive totalmente orientado a Dios, como nos ha enseñado el evangelio en este punto, debe evitar el afán por las necesidades materiales. Dios que nos ha dado ya lo más (la vida) nos dará también lo menos (la comida y el vestido). Afanarse es falta de fe en el amor infinito y providente del Padre. En estas preocupaciones inútiles pueden caer igualmente, incluso por motivos opuestos, el pobre y el rico.

El sentido de la vida no puede reducirse a la sola búsqueda de los bienes materiales y el apego a las necesidades físicas. Jesús nos ha enseñado ya en Mt 4,4: "No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

Los motivos por los que debemos librarnos de los deseos de poseer y de las preocupaciones materiales son dos: el cocimiento del verdadero Dios, nuestro Padre, providente y bueno, y el deber prioritario que Dios nos ha confiado buscar su reino y su justicia.

Los paganos son todos los que no conocen a Dios como su Padre providente y salvador y por consecuencia se agitan como si fueran huérfanos que deben confiar exclusivamente en las propias fuerzas.

Jesús no quiere absolutamente apartar al hombre del trabajo. Está escrito: “El Señor Dios cogió al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo conservara" (Gen 2,15). Quiere enseñarnos a vivir bien, como personas inteligentes e iluminadas por la fe.

Afanarse es inútil y dañino: ¿"De qué le aprovecha al hombre afanarse con todo su corazón por las cosas hasta que se pone el sol? Todos sus días no son nada más que dolores y preocupaciones penosas; su corazón no descansa tampoco en la noche. También esto es vanidad" (Ecl 2,22-23).

Después de habernos mandado repetidamente no afanarnos por el hoy, Jesús nos ordena que no nos afanemos ni siquiera por el mañana: "¿Y quién de vosotros, por más que se esfuerce puede añadir una sola hora a su vida?" (Mt 6,27).

El Padre nuestro celeste, que cuida de nuestro presente, cuidará también de nuestro mañana.

24 junio 2007

Lc 1,57-66

La actuación de la salvación comienza con el nacimiento de Juan: Colma los ánimos de alegría y la lanza a elevar un canto de gratitud a Dios y colmar de felicitaciones a la madre del niño.

El centro de este relato es la cuestión del nombre que había que dar al niño. El nombre indica la naturaleza de la persona, su misión, su valor único e irrepetible. Juan significa “Dios es gracia”; significa don, gracia, amor de Dios.

El rito de la circuncisión está movido. Todo sirve para poner de relieve la vocación y la misión de Juan. En su nombre, que significa “Dios es gracia”, es todo el programa que está llamado a realizar. Indica que Dios está para dar una prueba inaudita de su misericordia hacia los hombres.

El uso hebreo de imponer al recién nacido el nombre de padre. Aquí se interrumpe porque este niño tiene un camino propio por recorrer independientemente de la parentela o descendencia carnal.

Toda vida, todo nacimiento es don de Dios. El nacimiento de un hombre no es nunca un caso,

es siempre el cumplimiento de un designio de amor de Dios. El Señor me ha designado con amor en la palma de su mano (Is 49,16), desde el seno de mi madre ha pronunciado ni nombre (Is 49,1), es él quien ha creado mis vísceras y me ha tejido en el seno de mi madre (Sal 139, 13).

El hombre es prodigio del amor de Dios: "Te alabo porque me has hecho como un prodigio" (Sal 139,14). Dios dice a todo hombre: "Eres precioso a mis ojos, porque eres digno de estima y te amo" (Is 43,4). Nuestra dignidad se comprende sólo si miramos a Aquel del que hemos tenido el inicio y al cual volvemos: al fin Dios será todo en todos (1Cor 15,28).

Todo nacimiento es una dilatación del amor y de la misericordia del Señor, cuya ternura se extiende a todas las criaturas (Sal 145,9). Solo si se entiende así un nacimiento, se puede comprender el verdadero valor de la vida.

Los vecinos y parientes se alegran con Isabel porque el Señor ha manifestado en ella su gran misericordia. El creyente es el que ve la acción de Dios donde el no creyente ve sólo la acción del hombre.

El nombre de Juan viene de Dios (Lc 1,13). El nombre de todo hijo, su ser, su vocación, su destino vienen de Dios.

La maravilla de todos (v. 63) está en el descubrimiento que Dios es gracia, misericordia y ternura.

El v. 66 nos presenta un tema querido a Lucas: la escucha de la palabra de Dios debe poner la raíz en el corazón, crecer y fructificar (cfr Lc 8,12ss).

En el niño Juan se manifiestan el poder y la mano de Dios para llevar adelante su crecimiento y así prepararlo convenientemente a sus obligaciones futuras.

25 junio 2007

Mt 7,1-5

El imperativo "No juzguéis y no seréis juzgados por Dios", es un principio absoluto. Solo Dios puede decidir el destino de cada hombre. También la debida corrección fraterna puede hacerse en concepción consciente del propio pecado.

Por naturaleza estamos inclinados a juzgar los defectos de los otros antes de corregir los propios.

Dios pronunciará sobre nosotros el mismo juicio que pronunciemos sobre el prójimo y nos medirá con la misma medida con que hayamos medido a los demás.

El rigor y el celo son a menudo lo contrario de la compasión y de la misericordia, que son las virtudes típicas del cristiano, y por tanto pueden manifestarse por falta de amor y expresiones de maldad.

La psicología nos enseña que los defectos del prójimo que más nos irritan son normalmente nuestros propios defectos que detestamos en los otros en vez de en nosotros mismos.

El fariseo hipócrita que sale al templo a orar no sólo se vanagloria de ser más piadoso y observante, sino que se siente en el deber de despreciar a todos los otros hombres que juzga como ladrones, injustos y adúlteros. (Lc 18, 9-14).

Ninguno debe juzgar a los otros, porque debe considerarlo superior a sí (Fil 2,3). El juicio pertenece sólo al Señor porque a él pertenecen todos los hombres. El apóstol Pablo escribe: "¿Quién eres para juzgar a siervo que no es tuyo? Ponte a sus pies o mira a su dueño; pero está de pie porque el Señor tiene el poder de hacerlo" (Rm 14, 4).

26 junio 2007

Mt 7,6.12-14

El mandamiento del v. 6 se dirige a todos los que anuncian la palabra de Dios. Los discípulos deben tener siempre presente estas dos cosas: el deber de predicar el evangelio y el deber de no exponerlo a la profanación la palabra de Dios. Los perros y los cerdos son ignorantes, impíos, paganos. Las cosas santas y las perlas son el anuncio del reino de Dios. El evangelio se

anuncia a todos, pero hay quienes lo rechazan y se ríen de él.

La regla de oro del v. 12 nos empuja a la generosidad libre y creativa por el bien del prójimo. Ella se expresa de forma positiva y nos estimula a hacer todo el bien posible a todos. Nos invita a comunicarnos con amor y fantasía según la situación de los otros...La falta de fantasía y de inventiva es falta de amor.

El verbo “hacer” indica un amor concreto y tangible, como nos enseña también la 1Jn 316-18: "Por esto hemos conocido el amor: él ha entregado su propia vida por nosotros; por tanto también nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Pero si uno tiene riquezas de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le pide el propio corazón, ¿cómo mora en él el amor de Dios? Hijitos, no amemos de palabras ni con la lengua, sino con los hechos y con la verdad”.

La novedad del evangelio está en la concentración de toda la voluntad de Dios en el comportamiento del amor. Este amor, manifestado a nosotros en Cristo, tiene su fuente y su modelo en el Padre (Mt 5,43-48).

La "vía" (v. 13) es el símbolo del camino moral del hombre. La “vía” que conduce a la “vida” es aquella del evangelio, es Jesús en persona (Jn 14, 6). La puerta estrecha y la senda angosta significan las renuncias y las persecuciones conexas con la elección de vida cristiana.

El ingreso a través de la puerta estrecha es la entrada en el reino de Dios (Mt 5,20; 18,1; etc.), en la vida (Mt 18, 8-9; 19,17), en la sala del banquete de bodas (Mt 25,10) y en la alegría del Señor (Mt 25,21.23). En este contexto del discurso de la montaña, el imperativo “entrad” significa: haced la voluntad del Padre. Sólo haciendo la voluntad del Padre se entra en el reino de Dios (Mt 7,21).

El discurso sobre “muchos y “pocos” se refiere a la situación presente y no a la definitiva después del juicio. La vía cómoda de la mediocridad, del pecado y del egoísmo es mucho peor. El sendero estrecho y rígido que lleva a Dios, trazado por el discurso de la montaña, parece poco trillado. Jesús nos exhorta: “Entrad por la puerta estrecha”.

El tema de la salvación se retoma en Mt 19,16-26. A la pregunta de los discípulos: "¿Quién se podrá salvar?" Jesús responde: "Esto es imposible a los hombres, pero para Dios todo es posible".

Quien, como en 22,14, Mateo percibe la concepción pesimista de la apocalíptica extrabíblica: "El Altísimo ha creado este mundo para muchos, pero el del futuro para pocos" (4 Esd 8, 1).

Jesús ofrece la salvación a todos (Mt 26,28), pero le toca a cada uno acogerla con decisión libre y responsable.

27 junio 2007

Mt 7,15-20

Los profetas cristianos son los misioneros y los predicadores itinerantes (Mt 10,41), pero son, igualmente, los maestros y los guías de la comunidad.

Criterio práctico para verificar su autenticidad es la coherencia entre lo que anuncian y lo que viven.

El cristiano debe ser santamente crítico incluso en los encuentros con los maestros y guías de la comunidad. Verdadero guía es aquel que “da frutos dignos de conversión" (Mt 3,8), aquel que vive el mandamiento de Jesús: "Convertíos" (Mt 4,17). Si su palabra no va acompañada con el testimonio de su vida, es falso profeta.

Falsos profetas son también todos aquellos miembros de la comunidad que reducen la fe a bellas palabras, pero no viven una vida coherente con el evangelio.

28 junio 2007

Mt 7,21-29

Jesús nos enseña que la oración debe ir en perfecta sintonía con la práctica de la vida cristiana. Si no se cumple la voluntad del Padre celeste, la oración no sirve de nada.

La voluntad del Padre es su designio de salvación. La oración exigida por Jesús debe llevar al cristiano a comprometerse con entusiasmo por la vida creyente. Dios no sabe qué hacer con tantas bellas palabras de oración si no van seguidas por las obras del amor.

La disociación entre culto y vida es la enfermedad de los fariseos (Mt 23,3-4). El único criterio de valoración en el juicio final será el de las obras de misericordia (Mt 25,31-46).

Muy probablemente Mateo polemiza con algunos carismáticos que tenían siempre en sus labios el nombre del Señor, pero no hacían nunca nada útil por el prójimo. En el día del juicio no seremos juzgados por el folclore religioso o por acciones prodigiosas. El juicio versará solamente en la voluntad del Padre que tiene su centro en el amor fáctico por el prójimo (Mt 25,31-46).

En la parábola (vv. 24-27) se reasume el significado de todo el discurso de la montaña. No basta escuchar las palabras de Jesús, hace falta también ponerlas en práctica.

La roca que da estabilidad al cristiano es Cristo. La parábola nos indica las dos condiciones necesarias para que la vida cristiana resulte sólida: debe fundarse en Cristo y pasar de las palabras a los hechos. No hay verdadera adhesión a Cristo sin empeño moral.

El fundamento seguro de la vida cristiana es la práctica de las enseñanzas de Jesús. La escucha es necesaria, pero lo que más cuenta es la ejecución de los que se ha escuchado.

En los vv. 28-29 Jesús se nos presenta como el Maestro que en el discurso de la montaña interpretó con autoridad definitiva la voluntad de Dios.

La enseñanza de Jesús se diferencia de la de los escribas porque no repite lo que han dicho los maestros del pasado, sino que habla en nombre propio: "Habéis entendido que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo" (Mt 5,21-22; etc.). El ha recibido del Padre la autoridad sobre todo el universo (Mt 28,16).

Jesús no es solamente un exegeta de la Ley y de los Profetas, sino la exégesis, el cumplimiento de la Ley y de los profetas. Los que han entendido que Jesús es el cumplimiento definitivo de toda acción de Dios pueden bajar con él de la montaña y seguirlo.

29 junio 2007

Mt 16,13-19

Jesús plantea la pregunta fundamental, sobre la cual se decide el destino de todo hombre:” ¿Quién decís que soy yo?". Decir que es Jesús es colocar la propia existencia en un terreno sólido, rocoso.

La respuesta de Pedro es decidida y segura. Pero su discernimiento no deriva de la “carne” y de la “sangre”, esto es de sus propias fuerzas, sino del hecho que ha acogido en sí la fe que da el Padre.

Jesús constituye a Pedro como roca de su Iglesia: la casa fundada sobre roca (cfr 7,24) comienza a tomar su verdadero significado.

No está fuera de lugar preguntarse si Pedro era plenamente consciente de lo que se le había revelado y lo que decía. Observamos el fuerte contraste entre esta profesión de fe seguida del elogio de Jesús: "Feliz tú, Pedro, Simón...” e incomprensión del v. 22: "Dios te lo ha revelado... y finalmente la reprobación dura de Jesús: "Apártate de mí, Satanás”. Eres mi escándalo, porque no piensas según Dios, sino según los hombres".

Este contraste evidencia la diferencia entre la fe aparente y la verdadera: no basta profesar la mesianicidad de Jesús. Hace falta creer y aceptar que el proyecto del Padre se realiza a través de la muerte y la resurrección del Hijo.

Pedro recibe las llaves del reino de los cielos. Las llaves son signo de soberanía y de poder. Pedro por tanto junto con las llaves recibe plena autoridad sobre el reino de los cielos. Ejerce tal autoridad en la tierra y no en función de portero del cielo, como se piensa comúnmente. En

calidad de transmisor y garante de la doctrina y mandamientos de Jesús, cuya observancia abre al hombre el reino de los cielos, él lo vincula a su observancia.

Los escribas y los fariseos, en cuanto detentores de las llaves hasta aquel momento, habían ejercido la misma autoridad. Pero, al rechazar el evangelio, no hacen otra cosa que cerrar el reino de los cielos a los hombres. Simón Pedro ocupará su puesto.

Si se considera atentamente esta contraposición, resulta que el deber principal que se le encarga a Pedro es el de abrir el reino de los cielos. Su encargo se describe en sentido positivo.

No se podrá identificar la Iglesia con el reino de los cielos. Pero su trabajo en este último relato del evangelio ofrece la oportunidad de reflejar sobre su relación recíproca. A la Iglesia, como pueblo de Dios, se le confía el reino de los cielos (cfr 21,43). En ella viven los hombres destinados al Reino. Pedro asume el propio servicio en la Iglesia cuando invita a recordarse de la doctrina de Jesús, que permite a los hombres el ingreso en el Reino.

En el judaísmo, los equivalentes de legar y elegir tienen el significado específico de prohibir y permitir, con referencia a los pronunciamientos doctrinales. Junto al poder de magisterio se plantea el disciplinar. En este campo los dos verbos tienen el sentido de excomulgar y quitar la excomunión.

Este doble poder se asigna a Pedro. No es el caso de separar el poder de magisterio del disciplinar y se refiere el uno a 16,19 y el otro a

18,18. Pero no es posible negar que en este versículo 19 el poder doctrinal, especialmente en el sentido de la fijación de la doctrina esté en el primer plano.

Pedro se presenta como maestro supremo, sin embargo con una diferencia no aceptada por el judaísmo: el ministerio de Pedro no se ordena a la ley, sino a la directiva y a la enseñanza de Jesús.

Legar y elegir se le reconoce a Pedro en el cielo, es decir, las decisiones de carácter doctrinal tomadas de Pedro se confirman en el presente de Dios. La idea del juicio final está ya cercano, si se incluyen también decisiones disciplinares.

En el evangelio de Mateo, Pedro se presenta como el discípulo que da ejemplo. Lo que le ha acaecido es transferible a todo discípulo. Esto vale por sus ruegos y por sus deficiencias, referidas sin piedad. Pero a Pedro se le da una función exclusiva y única: es la roca de la Iglesia del Mesías Jesús. Pedro es el garante de la tradición sobre Cristo como se presenta en Mateo.

En su oficio sustituye a los escribas y fariseos, que hasta ahora habían llevado las llaves del reino de los cielos. Le toca a él hacer valer íntegra la enseñanza de Jesús con toda su fuerza.

30 junio 2007

Mt 8,5-17

El centurión era el comandante de una centuria, de un grupo de cien soldados. No pide nada para sí, sino que ruega a Jesús por su siervo gravemente enfermo. Jesús manifiesta toda sus disponibilidad: "Lo veré y lo curaré” (v. 7). Pero el centurión declara que no es digno de recibir a Jesús en su casa y se convence de que no pasa nada porque el Señor vaya. Piensa que puede hacerlo a distancia.

El centurión es un pagano que cree sin duda en el poder de la palabra de Dios. Y la fe en la palabra de Dios permite al Señor que actúe en nosotros.

El milagro es un signo del amor de Dios que interviene en nuestro favor, porque es infinitamente sensible a nuestro mal. Quiere darnos todo y sobre todo a sí mismo. Espera sólo que se lo pidan con fe.

La gran fe del centurión manifiesta la falta de fe en Israel. La simple pertenencia anagráfica al pueblo de Dios no da a ninguno la certeza de salvarse: a todos se le exige la fe que se manifiesta en las obras.

El encuentro con el centurión ofrece a Jesús la ocasión para anunciar la entrada de todos los pueblos en el reino de Dios. Los paganos tomarán el puesto en la mesa de los patriarcas en el reino de los cielos.

La Iglesia está constituida por aquellos que creen en la palabra de Dios y la ponen en práctica. En el reino de Dios entrarán sólo los hijos, es decir aquellos que han sido regenerados “por la palabra de Dios viva y eterna” (1Pt 1,23), por la palabra del Evangelio. El futuro eterno se le prepara día tras día acogiendo o rechazando la palabra de Jesús. Nuestra libertad se expresa plenamente en la fe o en la falta de fe, en consentir la comunión con Dios o rechazarla.

En este relato aparece en el horizonte la peregrinación de todos los pueblos que afluirán a la casa del Señor, y el anuncio final del evangelio de Mateo: "Id y enseñad a todas las naciones" (28,19).

Los tres milagros de curación del leproso, del siervo del centurión y de la suegra de Pedro nos deben hacer entender la importancia de la salud física. Jesús no sólo tiene cuidado del alma del hombre, sino de todo el hombre, cuerpo y alma. Toda enfermedad y miseria del hombre es tan importante que merece toda la atención y la prisa de Jesús. Tal debe ser también la adhesión de sus discípulos.

La narración de la curación de la suegra de Pedro nos enseña cuál debe ser la reacción de todo creyente cuando se le une la fuerza de salvación de Cristo: ponerse a su servicio para siempre. La suegra de Pedro se cura para servir a Jesús.

Con una narración sumaria y una cita de Isaías, Mateo reasume las tres narraciones de los milagros. La cita de Is 53,4 tiene el fin de descubrirnos el significado profundo de los gestos de Jesús. Las curaciones realizadas por

él son el signo de que ha llegado el tiempo de la salvación: ha llegado el Siervo de Dios que toma sobre sí nuestras enfermedades y se une a las nuestras.